

Valores ocultos de las guías de campo de aves: imaginando un nuevo concepto de guía

por Alejandro Martínez-Abraín*

En cuestiones de guías parece que todo está inventado, sin embargo, siempre aparece una nueva guía que

aporta cosas novedosas. En esta ocasión se aportan algunas ideas para un nuevo concepto de guía

Las guías de campo, eso es innegable, tienen una función clara: servir de ayuda en la tarea de identificar aves en el campo. No obstante, limitar la utilidad de las guías a la actividad de identificación me parece infrutilizar un recurso que tiene muchas más posibilidades.

Pongamos por caso que salimos un fin de semana en busca de esteparias a una zona cerealista en la que abundan. Podremos utilizar la guía de la manera habitual para ver cómo se diferencia el sexo en las avutardas o para discernir si el bando de aves que se ha precipitado entre los rastrojos era de gangas o de ortegas. Pero también podemos dar un paso más allá y comparar los mapas de distribución de las avutardas con el de las gangas y ortegas. Si lo hacemos nos llamará la atención que gangas y ortegas tengan una distribución oriental, que se extiende por el norte de África y llega hasta la Península ibérica. Es una distribución que recuerda a la de las plantas de nuestras zonas áridas cuyo centro de distribución está en las inmensas zonas áridas de oriente y que han llegado hasta nosotros desde esa procedencia durante los periodos de desecación temporal del Mediterráneo. En una guía completa veremos que en el norte de África no sólo están presentes nuestras gangas y ortegas sino que existen al menos tres especies más del grupo por lo que claramente estas aves están en su salsa en el sur, estando completamente ausentes en Europa más allá de los Pirineos. Por el contrario las avutardas no están presentes a lo largo de toda la ribera sur del Mediterráneo y su centro de distribución está en las grandes estepas euroasiáticas. Las avutardas nos llegaron probablemente por el norte y son mucho más europeas en origen que gangas y ortegas. El simple ejercicio de comparar mapas de distribución (y no de reducir su uso a comprobar si el ave que



vemos está o no presente en la zona en la que estamos) nos abre de pronto un horizonte biogeográfico y filogeográfico insospechado. Obviamente no podemos entrar en profundidades sólo con un vistazo al mapa pero podemos aventurar una hipotética ruta de llegada de las distintas especies e incluso su antigüedad en el solar hispano. Las avutardas es posible que nos llegaran ligadas a los cambios climáticos de algún periodo glacial (en algún pleniglacial pleistoceno, cuando los bosques ibéricos mutaron en estepas áridas) mientras que las gangas y ortegas pueden estar aquí desde mucho antes, quizás desde la crisis del Mesiniense de hace 6.5 millones de años, cuando el Mediterráneo se transformó en una secuencia de lagos hipersalinos rodeados por zonas desérticas al cerrarse la comunicación con el Atlántico. Hoy en día, en nuestra salida de campo, las vemos juntas en los campos de cereal pero cuán diferentes han debido ser sus trayectorias hasta llegar aquí.

Esta visión biogeográfica de nuestro avistamiento estepario nos lleva también directamente al corazón de la conservación. Desde el punto de vista europeo sería válido decir que tanto avutardas como gangas y ortegas no son animales abundantes pero la perspectiva global cambia si nos percatamos de que la avutarda escasea en Europa probablen-

te por cuestiones asociadas a la actividad humana (caza, transformación de su hábitat), mientras que gangas y ortegas escasean en gran parte porque la península Ibérica es el límite norte de su distribución europea (aunque tampoco estén libres de la afición humana... pero ese es otro cantar). Por otro lado, también resulta evidente que, aunque en las últimas décadas la mecanización agrícola ha debido perjudicar a las aves esteparias, la actividad humana durante los últimos 5.000 años ha debido resultarles beneficiosa

ya que a nuestro interglacial le corresponde un espeso bosque de encinas, que el hombre ha aclarado abriendo pseudoestepas.

Ejercicios similares se podrían hacer con las anátidas de las zonas húmedas del sur peninsular y veríamos los diferentes caminos que han recorrido las cercetas pardillas o las malvasías cabeciblancas para llegar a la piel de toro frente a ánades rabudos o silbones.

Los valores ocultos de las guías no se limitan a permitirnos sugerir historias bio y filogeográficas; también incluyen relaciones de ecología pura y dura. Cuando uno ve juntas, en una o unas pocas páginas, muchas especies del mismo grupo taxonómico (aprovechando la organización taxonómica de las guías) acaba por percibir comunalidades que dan que pensar. Por ejemplo, la inmensa mayoría de las gaviotas y charranes son de un blanco níveo. No hay gaviotas que se confundan con su entorno marino sino que todas son verdaderas banderas blancas visibles desde la distancia. Esto no es casualidad y tiene mucho que ver con la necesidad de la comunicación social para la localización de alimento en el desierto marino, donde las fuentes de alimento se dan a modo de parches en una matriz casi vacía.

También es ilustrativo ver láminas en las que coinciden varias especies de un ▶

mismo género que viven en simpatria (es decir, especies cuyas áreas de distribución se solapan) y en sintopía (que comparten los mismos biotopos). Pongamos por caso la lámina de los carriceros del género *Acrocephalus*. En algunas zonas húmedas de la Península podemos encontrar tres especies de este género coexistiendo durante la reproducción: el carricero tordal, el carricero común y el carricero real. Curiosamente las tres especies que conviven en los mismos carrizales, próximamente emparentadas, tienen tallas distintas, desde la grande del tordal a la pequeña del carricero real, pasando por la intermedia del carricero común lo que probablemente les permite comer presas distintas y evitar conflictos. Hay una regla mágica en ecología (el ratio de Hutchinson) según la cual las especies próximamente emparentadas cuando viven en simpatria difieren en una proporción fija en ciertas partes del cuerpo (p.ej. en la longitud del pico) que les permiten alimentarse sin competir ya que un mismo recurso no da para todos (principio de exclusión competitiva). Nuestro ejercicio visual en la guía no demuestra esta regla porque habría que medir las mismas especies en zonas de no simpatria para ver si en ese caso los ratios no se cumplen pero en cualquier caso la comparación visual da mucho que pensar. Se me ocurre por ejemplo la comparación entre la focha común y la

cornuda que son prácticamente idénticas morfológicamente y tienen un área de simpatria mínima.

Uno puede percibir también matices evolutivos atendiendo a la ordenación típica de las guías que disponen los taxones por orden de aparición evolutiva (de las aves más antiguas a las más modernas) y al grosor de cada una de las secciones. Por ejemplo, en la famosa guía Collins el 40% de las páginas con láminas de aves está ocupado por las aves passeriformes. Esto nos da una idea de la tremenda radiación adaptativa del grupo y de su juventud ya que la implacable mano del tiempo aún no ha hecho serios estragos entre sus filas.

¿Está todo inventado en el mundo de las guías de campo?

Las guías tradicionales, de ordenación taxonómica, son desde luego irremplazables en la mochila de campo para labores de identificación, difícilmente mejorables y tienen además múltiples dimensiones por descubrir como hemos visto. Sin embargo, creo que se podría diseñar un modelo complementario de guía que hiciera más hincapié en la comprensión del conjunto que en la identificación. Las descripciones morfológicas se podrían sustituir por información acerca del pasado, del presente y del futuro de la especie. ¿Desde dónde nos han lle-

gado? ¿Cuándo nos llegaron? ¿Se han especiado aquí? ¿Cuántas tenemos? ¿Qué futuro les espera? ¿Por qué están aquí? ¿Por qué se comportan así? ¿Cómo interactúan? Ayudaría mucho probablemente que las especies se agrupasen por ambientes en lugar de por orden taxonómico. Por ejemplo, volviendo al caso de las esteparias (como homenaje a nuestra ave del 2004), resulta curioso que en muchas de las ocasiones que se observa un bando de avutardas suele verse también merodeando por la misma zona algún aguilucho cenizo. Esto puede ser una simple casualidad pero puede también responder a una asociación entre ambas especies a la hora de alimentarse ya sea porque coinciden en las mejores zonas o porque derivan algún beneficio de su asociación. En una guía tradicional estas curiosidades ecológicas pasarían desapercibidas al estar las aves agrupadas según su taxonomía. Una guía por ambientes fomentaría el conocimiento de las aves a un nivel más emocionante y desde una perspectiva más unificadora y sería un instrumento imprescindible en la mochila del ornitólogo que se inicia pero también del naturalista avezado que ya suele dejarse en casa la tradicional guía de identificación. □

Alejandro Martínez-Abraín es investigador en IMEDEA-CSIC



**No te quedes al margen de las noticias
Suscríbete gratis a *El Escribano Digital***

www.seo.org/escribano.asp

© Juan Gil